

punto de vista

Educación: Ética y ciudadanía

Paulo Freire

Conferencia brindada por el profesor Paulo Freire (02.03.94) en el Auditorio de la Orden de los Abogados de Brasil, Seccional de São Paulo, invitado por el Consejo de la Ciudadanía de la Plaza de la Sé.

Voy a intentar presentar, para todos y todas, la forma en que he venido entendiendo este asunto a lo largo de mi experiencia. Voy a intentar una reflexión sobre mi propia experiencia, recordando que aún cuando el concepto de ciudadanía no siempre se ha usado, si se lo ha expresado a través de otros conceptos.

Creo que una primera aproximación a este problema es fundamental para la sociedad brasileña, y no sólo para ella. Este asunto de la ciudadanía, de poder asentir, por cada uno de nosotros, el asunto del habla, del derecho de expresarnos a través del habla, del discurso. No sólo por el discurso o un discurso desligado de la práctica y de la acción, sino por un discurso que se convierte también en praxis.

Y praxis en el sentido de transformación y mejoría del mundo, buscando cambiar la realidad de la ciudad menos malvada. Vamos a hablar del derecho de intervenir, de cambiar. Este es el ejercicio de la ciudadanía.

En un libro que acabo de entregar a la casa editora, hablo de decir y de desdecir la realidad. Contradecir la realidad. En el fondo, el ejercicio de la ciudadanía implica decir y desdecir el mundo. Desdecir el mundo implica primero decir. En la medida en que yo digo la realidad, en la medida en que decir la realidad es discordar, yo puedo ir a las calles, playas y avenidas para desdecir.

Decir y desdecir

Nuestro país ha vivido eventos fantásticos en los cuales pudimos desdecir la realidad. Esto lo vivimos en la década de los 80, cuando después de 20 años de régimen militar, en la campaña conocida como *Directas Já* (Directas Ya) o nos volcamos a las calles para desdecir la realidad. Fue un momento extraordinario en el cual el pueblo dijo y contradijo. El pueblo habló sobre lo real, sobre el silencio que le había sido impuesto. El pueblo habló de no poder asentir por sí mismo y en seguida, en denuncia de lo mismo, anunció la necesidad de elecciones directas para la Presidencia de la República.

Fue por 1630 cuando, durante la así llamada Invasión Holandesa, el Virrey de Portugal se vino al Brasil. Fue recibido por las autoridades locales en el Hospital de la Misericordia, en Salvador, Bahía, y saludado por el padre Antonio Vieira, uno de los más grandes oradores de nuestra historia. Este



saludo fue el más político de los discursos y sermones de ese gran orador - un saludo hecho con estilo de estadista. Todavía me acuerdo de ese discurso que lei siendo aun joven, cuando me presenté a Vieira e hice que Vieira se me presentara. En otra ocasión, volví a leer el discurso, cuando me encontraba en Ginebra, en el exilio, sin la oportunidad de decir o desdecir algo sobre Brasil.

Vieira comenzó recordando que la palabra infancia, infante, significa "el que no habla". Recordó que la Señora estaba en esta situación cuando fue advertida de que daría a luz al Niño. Recordó también que uno de los milagros más difíciles para Jesús fue curar a un endemoniado mudo, porque sin el poder para hablar y negar su realidad, aquel hombre no podía pronunciar una palabra sobre su situación. En seguida, usando el verbo robar, en la acepción de tomar, de arrancar del otro lo que le pertenece (el habla, otros derechos, el dinero, los bienes), Vieira le preguntó y le respondió al Virrey: "¿En este país, toma el Ministro de la Milicia? Si, toma." En seguida, fue haciendo una relación de preguntas indicando toda la lista de ministerios y afirmando que todos toman.

Del silencio a la ciudadanía

Este sermón de Vieira es un grito vehemente en función del sentido de la conquista de la ciudadanía. Cuando hablaba del silencio en el país, obviamente no estaba hablando del silencio de todos nosotros, presente desde la colonia. En el fondo, hacia una denuncia de una nación en cuyo proceso de formación había faltado el derecho de decir. En aquella época, el no habló de la

asfixiado el derecho a hablar, a intervenir, para desdecirse, para contradecirse, es una nación que no se constituyó.

En este punto, alguien podría preguntar si no estoy siendo pesimista. A decir verdad, no soy sólo optimista, sino optimista realista. Creo que Brasil ha vivido una historia donde se percibe la negación de la palabra. Sin embargo, al mismo tiempo en que la palabra es negada, se percibe que la negación existe. El oprimido no es una figura idiota, como mucha gente piensa. En ciertos momentos, sabe que es oprimido, comienza a saber las razones de esa opresión y del silencio. En el momento preciso en que comienza a saber más de lo que pensamos sabe, comienza también a asumir el deber de la lucha.

Esto aconteció en un momento fantástico en el cual, sin ningún golpe militar, impugnamos a un Presidente de la República (Impugnación del Presidente Collor, 1992). A veces, dentro de la misma historia, no adquirimos la perspectiva de verla de lejos y queremos que de inmediato los ladrones sean puestos en la cárcel. Pero la historia es un proceso; no se hace la historia sólo con la voluntad de la gente. Sólo puede ser cambiada a través de la praxis, del apoyo, de la participación.

Pedagogía política

Regresando al silencio, al mutismo de que hablaba Vieira, vemos que esa situación continúa hasta hoy. Al buscar entender el presente, necesitamos intentar entender el pasado. En pleno fin de siglo y del milenio, estamos viviendo una situación colonial, con una gran porción de la población, 32 millones de una población de 149 millones

paternalista, sin lugar para vivir y sin lugar para trabajar. Pero también heredamos la positividad, la lucha, la capacidad de lucha que tuvieron los quilombos, los grupos de negros que se revelaron y que se organizaron de forma autónoma. Refiriéndose a eso en un reciente debate público, el profesor Otaviani recordó que los quilombos de hoy son los sin morada, los sin tierra, los sin escuela.

La lucha de los excluidos, la búsqueda de comprensión de la razón de ser, de la exclusión, nos da más fuerza para luchar contra la exclusión. Una de las metas de la pedagogía política es precisamente esclarecer la raíz de la herencia. Es decirle a la persona que hoy lucha por un derecho: "otras personas ya atravesaron por una lucha parecida a esta".

En un trabajo reciente realizado por un grupo de alfabetizadores de adultos, una educadora pidió le dieran una palabra con la cual pudieran comenzar a leer las frases y releer el mundo. Para sorpresa suya, escuchó la palabra "vida". Eso es fantástico. Fue la vida, en su negación, que vino al cuerpo de ellos para, tomando forma de pronunciamiento de la palabra, decir "vida". Lógicamente, ellos dijeron "vida" y no "trabajo". Precisamente porque la vida es extraordinaria, tiene fuerza por sí misma, aun cuando es negada. Ella, como recordó Anita, precede el resto y continúa en el resto. Esto muestra el amor a la vida y hace recordar al filósofo Unamuno, quien fue perseguido por gritar "Viva la Vida", en una manifestación militar franquista donde un general victorioso gritó "Viva la muerte". La ciudadanía tiene que ver con ese amor a la vida. Tiene que ver con el asunto del derecho de decir, que implica también el derecho de ser